

NEW LEFT REVIEW 133/134

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-JUNIO 2022

EDITORIAL

SUSAN WATKINS ¿Una guerra evitable? 7

ENTREVISTA

VOLODYMIR ISHCHEKNO Hacia el abismo 21

ENTREVISTA

TONY WOOD La matriz de la guerra 47

LOIČ WACQUANT Conceptualizar la «raza» 75

EVGENY MOROZOV Crítica al tecnofeudalismo 99

CAITLÍN DOHERTY Dos izquierdas atlánticas 141

NAOMI VOGT Los escalofríos del montaje de
Arthur Jafa 179

ANAHID NERSESSIAN ¿Por amor a la belleza? 199

CRÍTICA

HITO STEYERL Arte y guerra 219

WILLIAM HARRIS Más allá de Arusha 225

JOY NEUMEYER Rusia en cifras 239

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



¿POR AMOR A LA BELLEZA?

La crítica literaria en tiempos turbulentos

NO HAN SIDO últimamente pocos los intentos destacados de dilucidar el estado de la crítica literaria¹. Algunos parecen creíbles, otros no tanto, pero lo que la mayoría de ellos tiene en común es un modelo declinista. El argumento de que la crítica era de una manera (mejor), y ahora es de otra (peor), proporciona el estímulo para sus diversas propuestas de revitalización. Estos debates se centran habitualmente en la vida de la crítica dentro de la universidad, que la alberga en departamentos con nombres como «Inglés» o «Literatura Comparada».

Los críticos y críticas literarios saben que su profesión, junto con las humanidades en general, corre peligro. Lo que parecen menos dispuestos a admitir es que su trabajo dentro de la universidad está, como afirma Nick Mitchell, «ligado en gran medida a una función de gestión de crisis»². Hasta hace poco, el sistema universitario moderno disfrutaba de una función social claramente definida y relativamente protegida: desembolsar capital cultural y sancionar la movilidad de clase. En las aulas siempre han ocurrido otras cosas, por supuesto: se han cambiado vidas; se han incubado movimientos sociales; se ha escrito, y en ocasiones

¹ Algunos ejemplos son los de Rita Felski, *The Limits of Critique*, Chicago (IL), 2015, y los ensayos recopilados en Rita Felski y Elizabeth Anker (eds.), *Critique and Postcritique*, Durham (NC), 2017; Toril Moi, *Revolution of the Ordinary: Literary Studies After Wittgenstein, Austin, and Cavell*, Chicago (IL), 2017; Timothy Aubry, *Guilty Aesthetic Pleasures*, Cambridge (MA), 2018; y Eric Hayot, *Human Reason: A History. An Argument. A Plan*, Nueva York, 2021.

² Nick Mitchell, «Diversity», en Erica Edwards, Roderick Ferguson y Jeffrey Ogbar (eds.), *Keywords for American Studies*, Nueva York, 2018, p. 74.

entendido, gran poesía. Pero aunque estas y otras aventuras adicionales en el campo del humanismo han sido posibilitadas por la universidad, no han determinado la función de esta como institución y, ciertamente, no como negocio. En ambas calidades, la universidad ha sido muy golpeada por una rigidez creciente de las jerarquías afirmada durante los últimos treinta años. Mientras que en otro tiempo había ayudado a sus miembros a entrar en la clase media, ahora se encuentra en la delicada situación de intentar contener una población estudiantil cada vez más insubordinada y, al mismo tiempo, presentarse como un lugar que permite convertir los valores progresistas en destrezas comercializables.

Para Mitchell, la cuestión de la movilidad de clase resulta fundamental para entender la contradicción que da forma a la crisis actual de la universidad. En la medida en que la educación superior promete catapultar a los individuos a la clase media o, más en general, regular el acceso al «prestigio, el privilegio y el poder», se ofrece como una solución rápida contra la desigualdad, a pesar de que necesita de la persistencia de esta como condición de su propio atractivo de mercado³. Esto es especialmente cierto en referencia a las humanidades, que, como es bien sabido, no valen supuestamente para nada, aparte de para cultivar la sensibilidad y afinar la distinción social. Desde la década de 1990, a medida que las posibilidades de mejora socioeconómica se han ido estrechando, a la universidad le resulta cada vez más difícil presentarse como una empresa correctiva y muchos menos progresista. Al mismo tiempo, al soportar recortes presupuestarios, procesos de privatización y otras amenazas existenciales, la universidad ha tenido que intensificar sus reivindicaciones de que proporciona beneficios fantasma y, en consecuencia, ha debido elaborar nuevos argumentos para demostrar por qué debería siquiera existir.

Bajo esta luz, la competición por ver a quién salvará la crítica tal vez no parezca mucho más que una lucha por ver quién logra presentar la mejor disculpa por haber roto la promesa del título universitario. En la última década, aproximadamente, hemos oído que todo habría ido bien si los profesores de literatura no hubieran perdido de vista los placeres del texto, si no hubieran alimentado a la fuerza con el lema jamesoniano de «¡historizar siempre!» a estudiantes de grado en apariencia ansiosos de hacer lo que se les dice⁴. Hemos oído también que los *big data* —cuya

³ *Ibid.*, p. 69.

⁴ Véase R. Felski y E. Anker, *Critique and Postcritique*, cit. Una articulación anterior es la de Eve Kosofsky Sedgwick, «Paranoid Reading and Reparative Reading,

recopilación depende principalmente de trabajadores fantasma como los que atienden el servicio Mechanical Turk de Amazon— son un bien recibido contrapeso democrático al elitismo del canon⁵.

Ya miren alegremente hacia un futuro tecnocrático o con nostalgia hacia el pasado analógico, estos llamamientos a transformar la práctica crítica rara vez abordan el problema en cuestión, del que podría decirse que no está tan relacionado con el contenido o el estilo de la crítica literaria como con el desgaste de su propósito social. Ese propósito social era proporcionar acceso al poder de clase y aculturar a los individuos respecto a él. Esto no significa, de nuevo, que la crítica no haya satisfecho otras necesidades humanas o proporcionado conocimientos sobre una gama de problemas, ya sean estos estéticos, políticos, personales o una combinación de todos ellos. Estas cosas las ha hecho, en efecto, ganándose el derecho a operar como avanzadilla del pensamiento y la investigación antiinstrumentalistas dentro de la universidad, precisamente porque durante un tiempo no hubo conflicto entre una educación en los principios de la crítica literaria y la preocupación continua por el avance de clase. Este equilibrio fue bastante prolongado. Podría decirse que se alcanzó por primera vez en la década de 1760, cuando se fundó en la Universidad de Edimburgo el primer departamento de literatura del mundo, y todavía se sostenía en la década de 1950, cuando la llamada lectura atenta se presentó como forma de educar a los veteranos, principalmente blancos, que inundaron las universidades estadounidenses durante la marea alta de la *Servicemen's Readjustment Act* de 1944, más conocida como GI Bill, que regulaba la reincorporación de los miembros de las fuerzas armadas a la vida civil. Hoy, sin embargo, se ha vuelto imposible pasar por alto la fricción existente entre una disciplina que en el mejor de los casos cultiva el instinto de la prosperidad colectiva, por una parte, y la función histórica de la universidad, por otra. No son pocos los críticos y críticas que han intentado reducir su trabajo a una forma que se adapte a las fantasías de rejuvenecimiento empresarial de la universidad. En tales casos, lo que se está articulando de hecho es un sueño de huida de la crisis actual, cuando las cosas que hacían necesario o deseable un título universitario se están extinguiendo con rapidez.

or, You're So Paranoid, You Probably Think This Essay is About You», capítulo incluido en su libro *Touching Feeling: Affect, Performance, Pedagogy*, Durham (NC), 2002, p. 125.

⁵Véase Roopika Risam, «The Stakes of Digital Labour in the 21st Century Academy: The Revolution Will Not Be Turkified», en Shawna Ross y Andrew Pilsch (eds.), *Humans at Work in the Digital Age: Forms of Digital Textual Labour*, Londres, 2019, pp. 239-247.

Dejemos claro que buena parte de la crítica literaria es mejor que antes; esto significa en parte que la crítica ha incomodado a la institución capitalista, o incluso al capital mismo, desde el interior de su propia y cómodo hogares institucional. El ascenso de la teoría *queer* y del pensamiento antirracista ha ayudado en buena medida a alejar el equilibrio del departamento medio de inglés del quietismo liberal o, en algunos casos, del conservadurismo descarado que mantenía en décadas anteriores. La descolonización del programa educativo es buena en sí misma y constituye también una forma significativa de resistencia a la supremacía blanca. Ni uno solo de estos acontecimientos podría haber sido predicho o, al menos, ninguno lo fue. Cuando yo estudiaba en la universidad, por ejemplo, cualquier cosa que se dijera sobre política en el aula era abiertamente ridiculizada; solo se consideraba lícito abordar temas como el género, la raza o la clase, si estaban subordinados a cuestiones de «forma»; los estudios poscoloniales se consideraban pasados de moda. Podríamos aun así volver a ver una versión de ese momento. Pero tales épocas en la vida de la crítica tienden a ir y venir sin prestar mucha atención a críticos concretos que plantan banderas sobre el terreno y dicen «de ahora en adelante así debe ser». La crítica corre para alcanzar a la historia, no al contrario.

Un proyecto singular

Dado este historial, es difícil creer que cualquier agenda intelectual, modo de análisis o marco discursivo pudiera constituir por sí solo la clave para convertir la universidad –contra los propios intereses materiales de esta– en un proyecto emancipador. El libro de Joseph North *Literary Criticism: A Concise Political History*, tema de un extenso debate en esta revista, es al menos admirablemente consciente de las condiciones sociales en las que se efectúan las apuestas por establecer una práctica crítica sostenible. Como el autor escribe en una larga nota a pie de página, en «su fase neoliberal» las universidades afirman a menudo «que el mercado exige austeridad por parte de todos, lo cual significa estudiantes, personal laboral y profesorado (profesorado de humanidades en especial), mientras que de hecho los recursos se están trasladando a los gerentes universitarios»⁶. Los llamamientos a establecer nuevos paradigmas

⁶ Joseph North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, Cambridge (MA) 2017, p. 242 n. 27. Entre las aportaciones previas a este debate se incluyen los artículos de Francis Mulhern, «Revoluciones críticas», *NLR* 110, mayo-junio de 2018; Joseph North, «Dos pasajes en Raymond Williams: una réplica a Francis Mulhern», *NLR*

deben evaluarse con estos hechos en mente, porque por muy sinceros e intelectualmente serios que sean, en un determinado contexto institucional son también inevitablemente interesados; con lo cual quiero decir que son intentos de fomentar la contratación y la promoción en algunos campos y no en otros, y de acceder a recursos menguantes, en especial en forma de recursos económicos donados y asignados. North quiere sostener, sin embargo, que la respuesta adecuada a esta situación es la de asumir un modelo de estudio literario altamente específico, estrictamente restringido y, lo más importante, abiertamente opuesto a otros métodos y estilos críticos. Las apuestas de su modelo son elevadas. El fin no es simplemente leer mejor los textos, sino promover el «objetivo de alcanzar un cambio cultural y político más general»⁷.

Debo decir que, aun disintiendo vigorosamente de buena parte de lo que dice North en su libro, en este ensayo pretendo mantener un espíritu aditivo, no estrictamente opositor. Aun así, soy escéptica acerca de la afirmación de la que él parte, a saber, que la crítica literaria tiene o podría tener una función directa en inducir una transformación social positiva a gran escala. Quizá «escéptica» no sea la palabra correcta; tal vez tengo lo que pudieran denominarse dudas científicas acerca de cómo podría demostrarse esa afirmación o, alternativamente, refutarse. Si alguien lee un número de *Mediations* y ese mismo día arroja un ladrillo contra la ventana de un organismo público, ¿cómo sabemos que fue la crítica la que le llevó a ello? Quizá haya sido una canción oída en la radio. Sí siento más confianza, sin embargo, en lo referente a asignar diversos tipos de potencial (o peligro) a la crítica en cuanto práctica social, que seguramente debe de ser la única forma en la que dicha crítica pueda intervenir en la vida social.

Literary Criticism: A Concise Political History no dice mucho acerca de la naturaleza colectiva de la producción de conocimiento, ofreciendo a cambio una versión de la teoría de la historia de los grandes hombres en la que las figuras individuales son «modeladoras, patrones y en amplio sentido creadoras»⁸ de las tendencias que han dado forma al estudio

116/117, mayo-agosto de 2019; Lola Seaton, «Los fines de la crítica. Una respuesta a Joseph North», *NLR* 119, noviembre-diciembre de 2019, y Patricia McManus, «Un análisis de lo personal. Sobre el proyecto de una educación estética radical», *NLR* 132, enero-febrero de 2022.

⁷J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., p. 3.

⁸Thomas Carlyle, «Lecture 1 [Tuesday, 5 May 1840]. The Hero as Divinity. Odin. Paganism: Scandinavian Mythology», en *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*, ed. por David Sorensen y Brent Kinser, New Haven (CT), 2013, p. 21.

de la literatura aproximadamente desde 1920. Lo que ahora denominamos crítica parece ser, de acuerdo con este punto de vista, lo que Carlyle habría descrito como «el resultado material externo, la realización práctica y la materialización de pensamientos que habitaban» en figuras como I. A. Richards, Raymond Williams, F. R. Leavis y, en menor medida, Fredric Jameson, que aparece aquí como el espíritu tutelar en gran medida invisible que guía el contextualismo histórico que, afirma North, se ha adueñado de la disciplina. En los comentarios que siguen, me centraré primero en la relación existente entre la educación superior, los estudios literarios y la formación de clase y, en segundo lugar, en el aspecto social de una tradición estética que North tacha repetidamente de «idealista». Mi objetivo es extraer algunas de las contradicciones que han dado forma al pasado de la crítica y que inevitablemente modelarán su futuro, sin ofrecer mi propia versión de un programa (no lo tengo) pensado para salvar la disciplina de sí misma y de quienes la practican.

Los argumentos de *Literary Criticism: A Concise Political History* los han resumido hábilmente Francis Mulhern, Lola Seaton y Patricia McManus. Como sugiere el subtítulo de North, el libro ofrece un estudio histórico amplio sobre la evolución de la disciplina a lo largo del siglo pasado, así como un diagnóstico explícitamente político. Es también «una polémica sostenida» contra «el reinado del paradigma historicista-contextualista en la disciplina» y un intento de instalar, en su lugar, «un programa renovado de crítica literaria de izquierda que constituya también una educación estética radical, una educación que aspire a cultivar modos de sensibilidad y subjetividad capaces de contribuir directamente a la lucha por una sociedad mejor»⁹. En cuanto a los detalles, el programa en cuestión debe guardar cierto parecido con las estrategias interpretativas asociadas con Richards, así como con los estudios emocionalmente ricos y formalmente atentos de Isobel Armstrong, D. A. Miller y las fallecidas teóricas *queer* Eve Kosofsky Sedgwick y Lauren Berlant¹⁰.

La guía práctica de este planteamiento crítico sigue siendo un tanto vaga, puesto que, como dice Seaton, North «no cumple del todo con su promesa de delinear una *práctica*»¹¹. A esto yo le añadiría que es extraño encontrar un autor que identifique de manera tan persistente su libro y a sí mismo como «de izquierda» y que al mismo tiempo evite los

⁹ P. McManus, «Un análisis de lo personal. Sobre el proyecto de una educación estética radical», cit., p. 123.

¹⁰ Véase el largo capítulo cuarto de North, «The Critical Unconscious».

¹¹ L. Seaton, «Los fines de la crítica. Una respuesta a Joseph North», cit., p. 118.

temas y el vocabulario normalmente asociados con dicha posición¹². He aquí un texto que usa la palabra «clásico» con mucha más frecuencia que la palabra «clase» y en el que el término «ideología» se encuentra principalmente en los títulos de libros de otros autores. «Mercancía» aparece dos veces –una en un extracto de Raymond Williams y otra en una cita de Terry Eagleton– al igual que «comunismo» (una de ellas como «anticomunismo»). Para hablar de Williams North necesita cuatro referencias al socialismo, cuyo contenido nunca se describe ni siquiera con las pinceladas más gruesas y, mucho menos, con referencia a la educación o la cultura. En cuanto a las palabras que North no usa en absoluto, se incluyen salario, proletariado, propiedad privada, libertad, abolición, alienación y sindicato. Se «producen» cosas –la literatura, el conocimiento, los extremismos– pero no hay relaciones de producción. Los «valores» son «humanos» o «estéticos», pero nunca «plusvalor», «valores de uso» o «valores de cambio». «Elaboración» o «elaborar» aparecen con más frecuencia que «trabajo».

No presento esta lista para sugerir que North sea un mal izquierdista –o que no sea mi tipo de izquierdista o sea más o menos izquierdista de lo que debería ser– sino porque el hecho de que evite ciertos términos nos ayuda a entender un rasgo fundamental de su argumento: que la crítica literaria es radical en la medida en la que cultiva la sensibilidad hacia «modos de vida más profundos» y no porque nos instruya en la crítica de la economía política. En la medida en que ser de izquierda exige dicho tipo de crítica, esta vinculación es *encarnada* y no discursiva o analítica; podría decirse incluso que es estética en el viejo sentido de estar relacionada con la sensación. Como él mismo explica, North escribe para dos públicos, los especialistas en estudios literarios y la izquierda radical, que él interpreta como «el colectivo incipiente de quienes se han encontrado en la posición difícil y controvertida de intentar articular, e incluso vivir, una crítica, no meramente sobre los excesos del capitalismo en su forma actual, sino sobre capitalismo en sí mismo considerado»¹³. Una educación estética como la que North defiende supondría, en consecuencia, adquirir conciencia de dichos sentimientos –me he encontrado en una posición, y esa posición es desagradable– y buscar una forma de expresarlos, no solo en lenguaje sino como crítica vivida. Aunque North no nos dice directamente cómo se vive una crítica, imagino que se acerca al hábito actitudinal de inflexión que él denomina «tono», como en la

¹² J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., ix y *passim*.

¹³ *Ibid.*, p. ix.

frase: «los lectores de la disciplina que no son de izquierda en el sentido que yo indico aquí tal vez se sientan de algún modo en desacuerdo con la sensibilidad política y los rangos de tono asociados presentes en ciertas partes del libro». En el mismo párrafo, descubrimos que existe algo parecido a «un tono apropiado para dirigirse a los lectores de la izquierda radical», una clave de camaradería audible por encima del agrupamiento explícito que el libro hace de las investigaciones centradas en «el género, la raza y el colonialismo»¹⁴.

Si ser de izquierda es, como podría decir Keats, «una vida de sensaciones más que de pensamientos», si va acompañado por modales altamente específicos sin estar adherido a objetivos altamente específicos, ¿qué sensibilidad le pertenece y cuáles son las gamas de tono que le corresponden?¹⁵ El tono de North es franco, combativo, en ocasiones quejumbroso –se le «entrecorta la respiración» cuando una fórmula de Berlant se le antoja «intensamente propia de los Estados Unidos de América»¹⁶, pero esto describe en gran medida los textos de opinión de hoy en día, con independencia de la política que profesen. También se diferencia perceptiblemente de los tonos utilizados por los críticos a los que él elogia. *Literary Criticism: A Concise Political History* no tiene nada de la modesta afabilidad de Richards; y tampoco asume el íntimo, a veces incómodo, sinceramiento de Miller o Sedgwick. North debería escribir, por supuesto, como le plazca, pero, ¿es escribir como él la única forma de ser de izquierda? Más pertinentemente, ¿puede realmente la afiliación política reducirse a un estilo, un espíritu o un temperamento retóricos? ¿Debería la crítica literaria efectuar dicha reducción?

Interpretar la lectura

Estas cuestiones nos devuelven a la crisis de la movilidad de clase, tanto pasada como presente. En *Cultural Capital: The Problem of Literary Canon Formation*, escrito en 1993, John Guillory efectuaba el que sigue siendo el análisis más minucioso y complejo sobre la aparición de la crítica literaria moderna como disciplina y sobre el desarrollo correspondiente de su función social. Como explica Guillory, fue en el siglo XVIII cuando las escuelas –en todos los niveles, primaria, secundaria y

¹⁴ *Ibid.*, pp. ix, 62.

¹⁵ John Keats, carta a Benjamin Bailey, 22 de noviembre de 1817, en *Letters of John Keats*, ed. Robert Gittings, Oxford, 1970, p. 37.

¹⁶ J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., p. 178.

universidad— comenzaron a cambiar sus especialidades para admitir miembros de la ascendente clase media. En Inglaterra y Escocia, se permitió la entrada en las aulas a la literatura vernácula —Milton, Shakespeare, Addison, Dryden— junto a Virgilio y Homero, mientras que las universidades ampliaron su programa educativo más allá de las lenguas clásicas, la teología y la filosofía para incluir el estudio preprofesional del derecho y la medicina. También ganaron terreno disciplinas más abstractas. En 1762, la Universidad de Edimburgo empezó a ofrecer los primeros cursos de retórica y bellas letras, mientras Hugh Blair impartía clases sobre temas tan variados como la estructura de la frase o lo sublime.

Para Guillory, los fines que debía cumplir una educación literaria eran transparentemente ideológicos, aunque no con respecto al contenido de ninguna obra concreta o a la opinión de ningún autor concreto. Por el contrario, el interés por las «letras refinadas» era «un medio para presumir de posición» en un momento en el que los marcadores tradicionales de prestigio social estaban siendo sustituidos por significantes más abstractos¹⁷. El estudio de la literatura se convirtió así en una «base cultural para la difusión del poder político», así como en «credencial de nobleza» para quienes no eran nobles de nacimiento¹⁸. Si tenemos en cuenta este contexto, no sorprende que el estudio literario haya sido un tema de escrutinio hostil o histriónico prácticamente desde el momento en el que fue institucionalizado. En mayor medida que otras disciplinas, ha estado implicado intensamente en la regulación de la diferencia social y en la difusión de estrategias prácticas y discursivas para mantener la estructura de clases, al tiempo que ofrecía cierta volatilidad y flexibilidad para entrar en el sistema.

Los lectores de *Cultural Capital: The Problem of Literary Canon Formation* recordarán que este debate tiene su centro en una lectura virtuosa de *Elegy Written in a Country Churchyard* de Thomas Gray, o mejor dicho, en una lectura virtuosa de otra lectura virtuosa del mismo poema, esta última efectuada por William Empson en *Some Versions of Pastoral* (1935). Como la de Guillory, el análisis de Empson gira en torno a la fetichización que el poema hace de la pobreza, es decir, de la condición de posibilidad de ascenso para la clase media. Del famoso cuarteto

¹⁷ John Guillory, *Cultural Capital: The Problem of Literary Canon Formation*, Chicago (IL) y Londres, 1993, p. 96.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 100-101.

Full many a gem of purest ray serene
 The dark, unfathomed caves of ocean bear;
 Full many a flower is born to blush unseen
 And waste its sweetness on the desert air*

Empson observa: «Al compararla con la Naturaleza, Gray hace que la organización social parezca inevitable, cosa que no era, y le atribuye una dignidad inmerecida». Es una evaluación devastadora, efectuada con una mezcla muy empsoniana de gravedad y descaro, por no mencionar la hermosa sintaxis. Es también una evaluación efectuada desde «la izquierda»:

Además, a una piedra preciosa no le importa estar en una cueva y una flor prefiere que no la arranquen; sentimos que el hombre es como la flor, de tan corta duración, tan natural y valiosa, y esto nos induce a sentir que está mejor careciendo de oportunidades [...]. El tono de melancolía afirma que el poeta entiende las consideraciones que se oponen a la aristocracia, aunque se pronuncia contra ellas; la perogrullada de las reflexiones en el cementerio, la universalidad y la impersonalidad que esto da al estilo, afirman como por comparación que deberíamos aceptar la injusticia de la sociedad al igual que aceptamos la inevitabilidad de la muerte¹⁹.

He aquí una lectura de la *Elegía* de Gray que no discreparía de la sugerencia hecha por North de que la «lectura atenta» –del tipo que Empson efectúa aquí con tanto aplomo– podría entenderse «como parte de una historia más amplia de resistencia a los sistemas económicos, políticos y culturales, que nos impiden cultivar modos de vida más profundos»²⁰. El sentimiento de afrenta experimentado por Empson es inconfundible, sus simpatías están claramente del lado de aquellos poseedores de grandes talentos nunca desarrollados ni reconocidos de este idilio de cementerio. Asimismo, ha formado sus conclusiones mediante una lectura justa y solícita del poema, sopesando su lenguaje y forma, y mediante la voluntad de «permitir que los textos actúen sobre él»²¹. Esta es, estoy muy segura, crítica de izquierda como la que a North le gustaría ver hacer.

Hay, sin embargo, un truco. Si el poema resulta útil –tanto para la apreciación como para la condena– a aquellos conscientemente comprometidos con una historia de resistencia a la injusticia, también es útil más en general. Empson defiende su argumento como sigue:

* Tantas piedras preciosas del más puro y sereno fulgor / habitan en sombrías e insondables cuevas del océano; / tantas flores nacen para florecer sin ser vistas / y malgastar su aroma en el aire desierto.

¹⁹ William Empson, *Some Versions of Pastoral*, Nueva York, 1950, pp. 4-5.

²⁰ J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., p. x.

²¹ *Ibid.*, p. 54.

Muchas personas, sin ser comunistas, se han irritado por la complacencia en la calma masiva del poema, y esto parece deberse en parte a que perciben un engaño en la política implícita; a los propios «burgueses» no les gusta que la literatura tenga demasiada «ideología burguesa»²².

Que no haga falta ser comunista para experimentar irritación ante los sentimientos de Gray podría constituir un problema para North. Porque una cosa es claramente cierta: no hay que ser comunista para leer de manera inteligente y sensible, ni para conocer la ideología burguesa solo con verla. North cree, presumiblemente, que ser de izquierda añade cierto valor o una perspicacia especial al trabajo de leer. Pero si, como sugiere Empson, las percepciones de izquierda no exigen de hecho lectores de izquierda, ¿qué aportaría una crítica comunista a un poema como este, cuyo significado político no es de hecho tan difícil de detectar o describir?

El análisis plantea otro reto, este más considerable. La inteligente introducción por parte de Empson de un punto y coma entre la «política implícita» y «los “burgueses”» identifica casi necesariamente a esas «muchas personas», que pueden ser o no comunistas pero saben leer bastante bien, como miembros de esa clase: son los burgueses los que mejor pueden reconocer la ideología burguesa y quienes quizá se sientan especialmente ofendidos por ella. La deducción tiene una importancia especial, dado que, como señala Guillory, la *Elegía* de Gray constituyó durante un tiempo el texto paradigmático en el canon vernáculo inglés, así como un texto «cuya resonancia ideológica se ha relacionado siempre de una forma especialmente íntima con su canonicidad»²³. Era, en otras palabras, el texto perfecto para enseñar a los lectores de clase media a reconocer la realidad social en la que se basaba su propia posición, así como a aprender a gestionar su propia actitud hacia dicha realidad. El estudiante universitario astuto que tacha el poema de mera ideología –como el lector al que irrita su complacencia– solo ha hecho exactamente lo que el poema le ha preparado para hacer, a saber, articular el desprecio moral por las circunstancias de las que él mismo se beneficia. Ha aprendido, en otras palabras, a convertir una cuestión política en una cuestión de tono.

«Los estudios literarios –dice North– eran en otro tiempo una disciplina que, al menos sobre el papel, proponía métodos detallados e intelectualmente rigurosos para analizar la cultura y tomar medidas para

²² W. Empson, *Some Versions of Pastoral*, cit., p. 5.

²³ J. Guillory, *Cultural Capital: The Problem of Literary Canon Formation*, cit., p. 54.

cambiarla»²⁴. Lo que Empson y Guillory nos ayudan a ver es que el análisis cultural lleva más de dos siglos definido por su capacidad de poner un espejo a la clase media y de formar a sus miembros en una técnica de autoconocimiento irónico. Cualquiera que haya impartido clase en un aula universitaria estará familiarizado con el fenómeno de estudiantes asombrosamente rápidos a la hora de efectuar análisis confiados y atractivos sobre la ideología en acción, pero que no muestran interés alguno por hacer planes de cambiar, digamos, nada. No todos los estudiantes se portan así, por supuesto, pero sí un número suficiente de ellos como para sugerir que existe una potente continuidad entre la función de la disciplina en el siglo XVIII y la de hoy, cuando los estudios literarios siguen siendo, como siempre han sido, una herramienta útil en la humanización del poder de clase. La erosión de la clase media como espacio de privilegio cultural y económico no ha hecho sino visibilizar aún más esta función.

En ocasiones, North parece escéptico ante la crítica ideológica, como cuando la asocia con el aparente dominio que Jameson ejerce en este campo. Otras veces, como cuando cita el análisis que Richards hace de *Practical Criticism: A Study of Literary Judgment* como «el registro de un trabajo de campo en ideología comparativa», parece estar sugiriendo que esto es exactamente lo que los demás deberíamos estar haciendo²⁵. (La sugerencia parece girar en torno a una falsa equivalencia entre la noción explícitamente marxista de «ideología» propuesta por Jameson y la noción mucho más laxa invocada por Richards, que está usando, sospecho, el término «ideología» en el sentido sugerido por primera vez por Destutt de Tracy, es decir, ideología entendida como ciencia de las ideas). De cualquier modo, tanto si hablamos sobre lectura atenta o ideología comparativa, sobre materialismo histórico, nuevo formalismo o cualquier otro método de crítica literaria, en la medida en la que circulan en la universidad actual todos ellos están, debido a su situación institucional, implicados en la negociación de la actual crisis social de tal manera que les resulta extraordinariamente difícil dedicarse a fines confiablemente insurgentes.

Decir que algo es difícil no equivale a decir que sea imposible. Tal vez debiéramos, sin embargo, preguntar qué hay de específico en la crítica que le ayude a facilitar la oportunidad de que se produzca dicha

²⁴ J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., p. 12.

²⁵ I. A. Richards, *Practical Criticism: A Study of Literary Judgment*, Londres, 1929, p. 16, citado en J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., p. 33.

evolución. Para empezar a responder esa pregunta, necesitamos dedicar un poco de tiempo a pensar qué implica la crítica, en sus fases más básicas y preliminares; qué tipo de acto es. El siguiente apartado nos lleva, de un modo no demasiado enrarecido, espero, a contemplar el fundamento cognitivo o epistemológico del juicio estético, que es la condición previa para la crítica propiamente dicha. Por tentador que parezca resaltar las aportaciones de individuos carismáticos al desarrollo de los estudios literarios, el potencial político de la disciplina no radica en el trabajo de una persona, ni siquiera en un movimiento o estilo. Es mucho más profundo y grandioso que eso, está latente en las operaciones imaginativas que entran en juego cuando decidimos que algo merece nuestra atención y lo dotamos de vida y posibilidad cuando compartimos esa decisión con otros.

El idealismo como antagonista

Literary Criticism: A Concise Political History tiene dos antagonistas principales. La primera, como hemos visto, es la crítica histórico-contextualista y sus diversos representantes: Raymond Williams, que la inventó de manera involuntaria; Jameson, que la popularizó en Estados Unidos; críticos como Stephen Greenblatt y Catherine Gallagher, que la pulieron hasta convertirla en procedimiento; y los profesores que animan a sus alumnos universitarios, «bajo el signo de la “investigación” o la “política” a producir otro artículo, ensayo o disertación historicista/contextualista» que atraiga a los veleidosos dioses del mercado de trabajo académico²⁶. El otro adversario entra y sale revoloteando del argumento del libro, pero puede de hecho ser más peligroso, porque está menos obviamente asociado con una persona concreta y, por consiguiente, no es fácil de encausar mediante una cita selectiva. Es Kant, o lo kantiano. Asoma en las referencias de North a la Nueva Crítica y a Leavis, así como en su respuesta a las acusaciones de que cualquier oposición al paradigma historicista-contextualista es «universalizadora, deshistorizadora, despolitizadora», elitista, etcétera. Va emparejado frecuentemente con las palabras «idealista» e «idealismo», como sucede en «idealismo kantiano», «kantiano, idealista y universalizador», «estética idealista y kantiana», «kantiano e idealista», «estética idealista o kantiana», «kantismo de la Nueva Crítica e idealismo leavista de hecho», etcétera²⁷. En la respuesta de North a Mulhern publicada en la

²⁶ J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit. p. xi.

²⁷ *Ibid.*, pp. 8, 30, 16, 44, 46, 63.

NLR, aparece como «una estética idealista, como la que ofrece la tradición kantiana dominante»²⁸.

Yo no soy filósofa. Pero sí me dedico al estudio del Romanticismo, lo que significa que la tradición a la que North hace referencia entra de lleno en mi terreno. Lo primero que observo en estas frases es que parecen usar el término «idealismo» como antónimo peyorativo de «materialismo» y, en consecuencia, como una especie de código para aquello que «no es de izquierda». Más en general, el término «idealismo» se convierte aquí en una descripción multifuncional útil para cualquier tipo de discurso intelectual que se incline fuertemente a las «devociones humanistas vacías» y que, por lo tanto, mantenga una perspectiva fundamentalmente liberal-conservadora sobre la producción cultural²⁹. North relaciona además de manera repetida el idealismo como disposición político-filosófica con la práctica del juicio, que él asocia con la Nueva Crítica, por una parte, y con la figura lamentablemente perniciosa de Leavis, por otra, a pesar de que este, como él dice, «nunca mantuvo un compromiso explícito con una estética idealista o kantiana». Leavis consiguió, no obstante, «efectuar un giro crucial en el énfasis de la disciplina, tanto en el Reino Unido como en buena parte de su diáspora», convirtiendo la crítica en una «preocupación jerárquica por evaluar y clasificar el valor relativo de los textos propiamente dichos»³⁰. Si el idealismo hace circular devociones vacías, el juicio transforma esas devociones en armas al convertirlas en medios que traducen las competencias culturales en activos sociales, es decir, en las herramientas de lo que Bourdieu tan memorablemente describe como «distinción».

En un ensayo asombroso sobre Kant y Bourdieu, Manu Chander sugiere que este último tergiversa de hecho al primero de maneras que hipertrofian las diferencias existentes entre ambos al tiempo que ocultan sus puntos de contacto. Volveré enseguida a esta propuesta. Primero permítaseme, sin embargo, aclarar algo acerca del «idealismo kantiano». Cuando North llama idealista a Kant, le está asignando al término una serie de significados, la mayoría de ellos inapropiados. Un idealista, entiende North, es alguien que cree que ni las obras de arte ni su público están en modo alguno restringidos por las condiciones históricas de su

²⁸ J. North, «Dos pasajes en Raymond Williams: una réplica a Francis Mulhern», cit., p. 194.

²⁹ J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., p. 101.

³⁰ *Ibid.*, p. 46.

producción; es alguien que cree que podemos y debemos encontrarnos con los textos literarios como en una especie de vacío sin referencia «al valor que tienen para los lectores las experiencias estéticas que la literatura podría proporcionar»; y es alguien que piensa que el fin del juicio estético es clasificar las obras de arte en jerarquías, poniendo las malas en el fondo y las buenas cerca de la cúspide³¹. Pero no son estos los sentidos en los que Kant es idealista. Kant es idealista, por el contrario, porque cree que los objetos que hay en el mundo no pueden conocerse con independencia de la intuición que tenemos de ellos. El idealismo en este sentido tan específico no tiene nada que ver con pensar en las obras literarias «como fines en sí mismas, como repositorios de valor final»³². No tiene que ver en absoluto con el valor, ya sea este literario, estético, ético o económico.

Más en concreto, Kant no considera que los objetos estéticos sean fines en sí mismos. El vocabulario de los «fines» parece haber sido importado de sus escritos sobre ética, específicamente del ámbito del imperativo categórico y lo que se conoce como su formulación de la humanidad: «Actúa de tal forma que trates la humanidad, ya sea en tu propia persona o en la persona de cualquier otro, siempre al mismo tiempo como un fin, nunca meramente como un medio»³³. Kant ofrece varias justificaciones para este principio, la principal de las cuales es que las personas tienen libertad y razón, no son instrumentos y, por lo tanto, no deberían ser tratadas como tales. Las obras de arte, por el contrario, no tienen libertad ni razón y, en consecuencia, no tiene sentido decir que algún aspecto de la filosofía de Kant exige tratar las obras literarias o a cualquier otro objeto estético como fines en sí mismos. Lo que aporta interés a las obras de arte, en opinión de Kant, es que nos proporcionan ocasiones de experimentarnos como seres libres y racionales. Nos proporcionan asimismo, y de manera más crucial, ocasiones para reconocer a los *otros* como seres libres y racionales y por eso el juicio estético se ocupa fundamentalmente de premisas y consecuencias éticas, sin exigir a nadie que trate las obras de arte como fines.

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*, p. 54.

³³ El texto alemán dice lo siguiente: «Handle so, dass du die Menschheit sowohl in deiner Person, als in der Person eines jeden anderen jederzeit zugleich als Zweck, niemals bloß als Mittel brauchst», Immanuel Kant, *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten, in Gesammelte Schriften, Band 4*, Berlín, 1903, p. 429; ed. cast.: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Madrid, 2006.

¿Cómo hace la escena del juicio estético para exigir y suscitar reconocimiento ético? En lo referente a las obras de arte, Kant no pone en evidencia de hecho –en contra de lo que sugiere North– «la autonomía y la autosuficiencia del objeto estético»³⁴. Pone en evidencia, por el contrario, el desinterés del sujeto respecto al objeto. No podemos, afirma Kant, decir que una casa es hermosa en un sentido filosófico profundo, si necesitamos cobijo, ni tampoco podemos esperar que otros se muestren de acuerdo con nosotros, en especial si ellos sí la tienen. La casa puede resultarnos atractiva o útil, pero debido a que nuestra actitud hacia ella está influida por su potencial de satisfacer nuestras necesidades materiales, no podemos juzgarla en el verdadero sentido del «juicio». Somos nosotros los que necesitamos (de nuevo, de acuerdo con Kant) ser autónomos y autosuficientes con respecto al objeto, no el objeto el que necesita ser autónomo y autosuficiente con respecto a nosotros.

Sentimientos de comunidad

En *Literary Criticism: A Concise Political History* North atribuye a quienes practican la Nueva Crítica el deseo de alojar la estética en «un bucle kantiano de autosuficiencia y redundancia», pero sospecho que este perfil de la obra de arte procede de otra parte (al igual que la noción de fin en sí mismo se ha colado en su análisis de la Tercera Crítica desde la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*)³⁵. Llega, pienso, a través de Adorno, que goza de un tiempo de emisión extrañamente breve en el libro de North a pesar de haber tenido al menos tanta influencia como Williams y Jameson en las fortunas de la crítica marxista en los siglos XX y XXI, y a pesar de su empeño en reconciliar la buena fe materialista con sensibilidades estéticas refinadas de la manera que North desearía que hiciéramos todos. North parece atisbar en ocasiones la conexión, haciendo referencia en un momento a la tendencia presente entre algunos «izquierdistas», popular en la década de 1990, a pedir «un regreso de Kant a través de Adorno»; y aunque distingue esa tendencia de «un intento, cuya base se halla en gran medida en Cambridge, de hacer revivir una estética kantiana avanzada», la superposición es considerable, si no completa³⁶. El impulso de transformar a Kant en Adorno está de hecho tan profundamente arraigado en la cultura intelectual inglesa –principal campo de investigación de North– que estoy tentada de llamarlo *le vice anglais*.

³⁴ J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., p. 43.

³⁵ *Ibid.*, p. 31.

³⁶ *Ibid.*, pp. 134, 129.

Bromas aparte, esto no se observa tanto en Estados Unidos, donde la conversación académica en torno a la estética de Kant ha tenido un énfasis muy distinto. Como explica Sianne Ngai, «lo que dota de especificidad a la facultad del juicio» es «la forma en la que presupone o nos anima a imaginar que otras personas son también capaces de hablar y efectuar juicios»³⁷. Para Kant, la evaluación de los juicios estéticos es una actividad irreductiblemente social en el sentido de que implica una expresión de lo que él denomina el *sensus communis*, nuestra convicción interna de que pertenecemos a una comunidad cuyos miembros son tan desinteresados como nosotros.

Por decirlo en términos más contundentes, cuando te digo que algo es hermoso, doy por sentado que tú eres tan racional como entiendo que soy yo misma; cuando comparto mi juicio sobre algún objeto que (en teoría) no tiene nada que ver con ninguna de nosotras, afirmo tu libertad. Esto es verdad tanto si estoy sola como si estamos las dos en la misma sala juntas, porque el reconocimiento de las capacidades de otros está siempre presente cuando ejerzo mis propias capacidades evaluativas y, al hacerlo, sé que soy, como tú, un ser autónomo. Como dice Kant, comparamos nuestros juicios «no tanto con los juicios reales como con los juicios meramente posibles» («*nicht sowohl wirkliche als vielmehr bloß mögliche Urteile hält*») de otros, situándonos en el lugar imaginario de estos mediante una autoabstracción de los prejuicios que «se adjuntan de manera fortuita» («*zufälligerweise anhängen*») a nuestras propias suposiciones³⁸. Esta insistencia en concebir «la pluralidad de sujetos en igual posición» elide sin duda despreocupadamente «el desnivel del terreno [social]»³⁹. Aun así, dista mucho de una concepción de la experiencia estética como algo que ocurre entre un sujeto monádico y un objeto aislado e independiente y que termina, como invariablemente terminaría cualquier experiencia de ese tipo, generalizando la opinión personal para convertirla en norma.

La dimensión social de la experiencia estética es también la fuente de su potencial político. ¿Cómo podría ser de otro modo? Tampoco deberíamos

³⁷ Sianne Ngai, *Our Aesthetic Categories: Zany, Cute, Interesting*, Cambridge (MA), 2012, p. 42.

³⁸ Immanuel Kant, *Kritik der Urteilskraft*, en *Gesammelte Schriften, Band 5*, Berlín, 1913, p. 293; ed. cast.: *Crítica del juicio*, Madrid, 2013.

³⁹ Manu Chander, «Contention and Contestation: Aesthetic Culture in Kant and Bourdieu», en Rei Terada (ed.), *Romantic Circles Praxis Series: Philosophy and Culture*, junio de 2008, §II.

imaginar que el análisis del juicio por parte de Kant exige o fuerza el consenso, porque el ámbito social en el que siempre tiene lugar el juicio (incluso hipotéticamente) garantiza lo que Chander caracteriza como «antagonismo perpetuo» y «conflicto perpetuo»: no como accidentes, sino como «una necesidad estructural dentro del sistema crítico»⁴⁰. Con esto en mente, Adorno, siempre un lector atento de Kant, critica contundentemente el requerimiento burgués de unanimidad anodina, considerándolo una parodia del juicio en su sentido propiamente comunal. «En este mundo helado –afirma con desdén– toda colaboración [*Mitmachen*], toda la humanidad de la vida social y del esfuerzo compartido, no es más que una máscara para la aceptación tácita de la inhumanidad», e incluso el intento aparentemente más inocuo de alcanzar un acuerdo acerca de qué es hermoso «se vuelve una excusa para la desgracia de la existencia»⁴¹.

Si Kant podía imaginar la escena del juicio estético como un reconocimiento del placer compartido abriéndose a un reconocimiento de la libertad compartida, Adorno lo reinterpreta como un espectáculo horrible pero también ordinario, en el que adquirimos conciencia de lo absolutamente alejados que estamos tanto de los otros como de la más mínima posibilidad de autodeterminación. ¿Qué significaría, en circunstancias históricas como estas, abogar por un programa de educación estética basado en la elaboración de «un nuevo consenso»?⁴². ¿Correría el riesgo de adoptar el mismo sentimiento obligatorio y superficial de solidaridad que Adorno rechaza aquí? Es una pregunta que merece la pena plantearse, dado que las oportunidades de supervivencia ofrecidas por las instituciones de educación superior se formulan a menudo en un lenguaje mercantil de pseudo *Mitmachen*, de hacer cosas juntos, de ahí el ascenso de «laboratorios» de humanidades, «centros» de investigación, «grupos» de trabajo y contratos de trabajo grupales, todas ellas medidas de ahorro de costes que permiten a las universidades ir cambiando de becarios posdoctorales y profesores visitantes sin ofrecerles un respaldo suficiente para investigar o para vivir.

No se me malinterprete: me gusta una buena polémica y aprecio la voluntad de North de presentar argumentos audaces. Vacilo, sin embargo,

⁴⁰ *Ibid.*, §12.

⁴¹ «Indem sie die erkaltete Welt [...] Alles Mitmachen, alle Menschlichkeit von Umgang und Teilhabe ist bloße Maske fürs stillschweigende Akzeptieren des Unmenschlichen»; «wird Ausrede für die Schmach des Daseins», Theodor Adorno, *Minima Moralia: Reflexionen aus dem beschädigten Leben*, Berlín y Frankfurt, 1951, p. 30 (traducción propia); ed. cast.: *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*, Madrid, 2004.

⁴² J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., p. 205.

cuando veo esos argumentos unidos a un programa único, cuyos parámetros son estrictos y cuya orientación política está guiada por ideas sobre cómo deberían sentirse y sonar las personas, y no sobre lo que podrían hacer. Recelo todavía más de un programa que se considera a sí mismo producto de aportaciones individuales y no de procesos sociales, en especial cuando todas esas aportaciones proceden de universidades prestigiosas. Mi preocupación aquí no es, no creo que sea, una expresión del tipo del falso igualitarismo, que no hace sino permitir que la relación de clase que desmiente prevalezca, como dice Adorno, «de manera más despiadada aún» («*um so unversöhnlicher sich durch*»)⁴³. Registra, por el contrario, considerable resistencia a aislar la crítica tanto de su historia como de su práctica ordinaria actual. Cuando el 69 por 100 del profesorado en Estados Unidos tiene contratos temporales y el salario medio de un profesor a tiempo parcial ronda los 3.500 dólares por curso, es difícil aceptar que la cura de nuestros males sea una buena dosis de *Practical Criticism: A Study of Literary Judgment*⁴⁴. Para explicarlo con mayor precisión, «la estrategia que la institución usa por defecto para apaciguar la disensión» no es la de variar de tendencias intelectuales con la mayor rapidez posible, ignorar y después elevar esta o aquella hasta que «se calma el escándalo» y otra tendencia puede ocupar su lugar⁴⁵. La estrategia de la institución para desactivar la disensión son los profesores adjuntos. Es hacer imposible que las personas de cuyo trabajo depende hagan algo más que trabajar y aplastar el tiempo libre introduciendo sus propias necesidades en las nuestras.

Terminaré con una anécdota. Hace unos meses, me invitaron a un seminario de primer curso sobre «Marx en el siglo XXI» en una universidad prestigiosa de la costa este. El texto analizado era mi libro *Keats's Odes* que, dado que es a medias un estudio literario y a medias unas memorias, y puesto que anima a leer *El capital* para entender a Keats, podría calificarse como el tipo de crítica materialista guiada por la personalidad que North respalda. Uno de los estudiantes levantó la mano para preguntar por algunos versos de un poema del difunto Sean Bonney, citado en mi introducción como contrapunto y al mismo tiempo continuación de la promesa de Keats de mantenerse fiel a su propio «amor

⁴³T. Adorno, *Mínima Moralia*, cit., p. 30.

⁴⁴Estas y otras estadísticas vitales pueden consultarse en American Association of University Professor, «Annual Report on the Economic Status of the Profession, 2019-2020», mayo de 2020.

⁴⁵J. North, *Literary Criticism: A Concise Political History*, cit., p. 211.

a la belleza»: «por “amor / a la belleza” di “a la mierda la policía”»⁴⁶. El estudiante explicó que los versos le llamaron la atención porque se considera partidario de abolir la policía, es decir, es alguien que cree que la sociedad estaría mejor si el brazo disciplinario del Estado fuera desarmado y disuelto y se diera un uso más humanitario y expansivo al dinero utilizado para financiarlo. El aula es un buen lugar para aprender muchas cosas y la universidad es un buen lugar para organizarse en torno a valores compartidos. Parece claro, sin embargo, que la educación política de los sentidos ocurre en gran medida en otra parte, a pesar de que en algunos momentos se dé en la cercanía. Lo que digo es que no sé exactamente de dónde sacó este estudiante sus ideas, pero lo que sí sé es que no las recibió de mí.

⁴⁶ John Keats, carta a Fanny Brawne, 8 de julio de 1819, en *Letters of John Keats*, cit., p. 266; Sean Bonney, «Corpus Hermeticum: *On the Revolutions of the Heavenly Spheres*», en *Letters Against the Firmament*, Londres, 2015, p. 29.